





Lágrimas que ahogan



# Lágrimas que ahogan

Testimonio de una mujer víctima del  
chantaje emocional en su matrimonio

GISÈLE CORBOUD

**Styria**

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2007, Gisèle Corboud

© 2007, Styria de Ediciones y Publicaciones, S. L.

Tuset, 3 2º - 08006 Barcelona

[www.styria.es](http://www.styria.es)

Primera edición: marzo de 2007

#### LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

ISBN: 978-84-96626-39-3

Depósito Legal: B-1.380-2007

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Maquetación: Media Circus ([www.media-circus.com](http://www.media-circus.com))

Impresión y encuadernación: Industria Gráfica Domingo, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

# Índice

I. El túnel .....	13
II. A medio camino .....	41
III. Sombras en el camino .....	65
IV. Al final del camino .....	101
V. El despertar .....	127
VI. Al día siguiente .....	157
VII. Finalmente, el descanso .....	187

## APÉNDICE

El chantaje emocional en la pareja .....	197
--	-----

## CONCLUSIONES

Lo que una mujer nunca debe olvidar .....	217
---	-----





*A mis hijas, a las víctimas pasadas y futuras, a todas las personas  
que aún no han perdido la capacidad de amar.*

*Amar es alegrarse y querer el bien de aquel a quien se ama.*

ARISTÓTELES

*Amor es lo que no tenemos, lo que no somos, lo que nos falta.  
He aquí los objetos del deseo y del amor.*

PLATÓN

*Toda nuestra felicidad y toda nuestra miseria  
dependen de una sola cosa, del objeto al que amamos.*

SPINOZA

*La psicosis depresiva o melancólica se caracteriza fundamentalmente  
por la pérdida de la capacidad de amar.*

FREUD



*El dejar correr la mente en la marea de recuerdos  
se presenta como una ardua tarea,  
pero intentaré desmadejar la masa de mis olvidos pasados  
para que éstos puedan aflorar en el presente  
libre de ataduras y así pueda yo  
recuperar mi personalidad perdida.*

15 de julio de 2003



I

EL TÚNEL



**E**ra una mañana cualquiera cuando por primera vez pisé el oscuro suelo del tenebroso túnel que me llevaría a mi primer día de parvulario. Digo *tenebroso túnel*, ya que cuando te adentrabas en él, a medio camino, montados sobre el plinto, se hallaban los alumnos más mayores, que a nuestro paso se dedicaban a aterrorizarnos, saltando sobre nosotros y levantando las faldas a las niñas.

En medio de aquella algarabía llena de ululaciones y gritos de espanto, corríamos todos de una forma atropellada hacia el punto de luz que representaba el final de dicha tortura al desembocar en un magnífico y enorme patio que separaba la escuela del parvulario.

Lo que yo no sabía es que, más adelante, dicho patio se convertiría también en fuente de problemas para mí. Tampoco sabía que en el futuro volvería a encontrar a uno de los chavales que nos amedrentaban a nuestro paso por el túnel y que entraría a formar parte importante de mi vida adulta.

Finalmente ascendíamos por una escalera que nos llevaba al interior de lo que sería el principio del fin de mi inocencia al comprobar que el hombre es un depredador nato y que es muy difícil —y extraño— que lleve aparejada una forma armónica.

Como si de un presentimiento se tratase, me agarré fuertemente a un enorme cortinaje que adornaba una esquina del gran ventanal, sobre la calle Brusi. Allí me quedé bajo su protección hasta que la *tante* se acercó hacia mí para conducirme al que iba a ser mi primer lugar asignado y que disfrutaría durante dos largos años.

Los recuerdos que tengo de aquella época están parcialmente confusos. Se entremezclan el pavor que sentía cada mañana al cruzar el terrible túnel, el volver a desandararlo dos veces al día y la inseguridad que hacía mella en mí, toda aquella progenie de enanos que me rodeaba y me miraba —con recelo algunos, otros con insana burla—. Suerte que al final del túnel desandado me estaba esperando Julia con los brazos abiertos, llenos de dulzura y amor.

El único recuerdo cálido que guardo de mi primera época escolar es la figura de la *tante* que, sin ser empalagosa, era afable conmigo. Ella fue la que consiguió que poco a poco dejara mi mutismo de lado y me lanzara a participar en los juegos infantiles. Sin ser una mujer bella, poseía un rostro enmarcado por una larga cabellera rubia, una cálida y amable expresión que me reconfortaba, alejando en parte mi desasosiego por lo desconocido.

Entre aquellas cuatro paredes llenas de dibujos coloreados, partituras con notas musicales y juguetes didácticos, empecé a

vislumbrar que la relación con mi entorno no sería un camino de rosas.

Nunca he gozado de buena salud y, para colmo de males, empecé a dar muestras de ello en aquella época temprana de mi niñez. Mi padre jamás soportó tener un hijo enfermizo. Su mayor ilusión hubiera sido un descendiente varón, potente y fuerte, para poder disfrutar con él de los deportes que le gustaba practicar, pero por desgracia sólo tuvo dos hijas.

Desgracia, porque al ser yo la segunda en nacer se empeñó en educarme como a un hijo varón, mientras que siempre protegió a mi hermana mayor. Nunca dejó de considerarla la más débil y, en cambio, aseguraba que yo contaba con una mayor fortaleza —de la que en realidad carecía—. Esto hizo que mi infancia se desarrollara en una auténtica lucha entre mi hermana y yo. Ella consideraba que por el hecho de ser dos años y nueve meses mayor tenía el derecho de putearme constantemente. Todo ello iba abonado por la tranquilidad de sentirse en todo momento respaldada por nuestros padres. Para mi progenitor, el primogénito siempre era el que tenía las prerrogativas. En aquel entonces yo le debía pleitesía a mi hermana. Aún hoy tiene la extraña pretensión de que se le rinda pleitesía sólo por haber nacido la primera y ello ha provocado y provoca un total desarraigo entre nosotras. No creo que la intención de mis padres fuera precisamente el crear un abismo fraternal de tales dimensiones, pero lo único que consiguieron fue que mi hermana se ensañara conmigo y no consintiera que algo se me diera a mí sin haberlo ella rechazado previamente. Pero el tiempo de la infancia hace demasiados años que concluyó, y ahora que las dos gozamos de idéntico estatus como personas, únicamente



encontrará por mi parte respeto y comprensión. Es una lástima que no exista relación alguna entre ambas, más allá de la que marcan los buenos modales.

Gracias a mi precaria salud física —herencia genética— y a mi torturada salud psíquica —resultado del casi inexistente trato familiar—, mi infancia transcurrió entrando y saliendo de clínicas, entre intervenciones quirúrgicas y largos tratamientos médicos para combatir enfermedades diversas.

Todo ello, unido a mi aspecto físico, no propició precisamente que la relación con mi entorno escolar fuera demasiado grata.

Tanto mi madre como mi padre eran altos, y sin duda yo heredé de ellos mi esbelta gracia corporal en constante crecimiento, como así constaba en mi pasaporte.

En la España de los cincuenta (aún no recuperada de la terrible guerra civil sufrida una década y media atrás) no era habitual encontrar varones de elevada estatura, cuánto menos mujeres. Esto explica que mi constante e imparable crecimiento hacia las alturas sorprendiera y provocara diferentes reacciones en todo aquel que, de alguna forma, se relacionó conmigo a lo largo de mi infancia y adolescencia.

Para algunos, mi estatura era objeto de mofa y escarnio; para otros, de envidia o de pena. También estaban los que se aprovechaban de ella para achacarme todos los desastres y atropellos ocurridos a mi alrededor y así, aun siendo responsables de lo ocurrido en la mayoría de los casos, evitar ser castigados ellos mismos en aquellas ocasiones en las que era necesario dar con el culpable, fuese o no intencionado el daño.

Otro problema que causaba mi altura era que siempre destacaba en cualquier lugar en donde me hallase, lo que provo-

caba que constantemente me sintiera observada de una forma crítica y calculadora por los mayores. Muy pocos de ellos me sobrepasaban en centímetros... Por lo general no llegaban a alcanzarme.

Esto me hace recordar los problemas que tenía mi profesora de baile a la hora de encontrarme pareja para los festivales de danza que organizaba en el aforo del teatro del antiguo Colegio de Médicos, con todas sus alumnas como participantes. Al acto acudían con placer y deleite todos los padres y familiares de las víctimas de aquel inmenso escenario, o así me lo parecía entonces. Casi siempre debía bailar sola y con el peso de todas las miradas enfocadas hacia mí, lo que me producían auténtico pánico. Hasta tal punto que, un día, cuando estaba iniciando la Danza rusa de Tchaikovsky me quedé en blanco y huí desfavorida del escenario, para refugiarme en la oscuridad de las bambalinas.

Las reacciones que mi envergadura provocaba entre la gente de mi entorno, en vez de acomplejarme o hacerme sentir incómoda, lograron aumentar mi autoestima y propiciaron que no intentara esconder mi altura. Comencé a andar muy erguida y entonces todo el mundo empezó a llamarme presumida por ir de tal porte.

Es curioso pero aún me sigue ocurriendo lo mismo, aunque ahora ya no calzo aquellos zapatos con tacones de más de doce centímetros que aumentaban mi estatura y que yo lucía con orgullo.

Fue una de las primeras veces en que me percaté de que el ser humano necesita criticar, rechazar todo aquello que no se asemeje totalmente a él.

Lo curioso es que mi altura, ahora menguada por los años, todavía provoca en la actualidad el rechazo hacia mi persona. No hace mucho me comentaron que mi envergadura echa atrás a los hombres a la hora de ofrecerme ayuda o protección. Lamentablemente no puedo menguar, así que no tendré más remedio que seguir mi andadura en solitario sin recibir el necesitado apoyo.

El despertar de la adolescencia, con el inicio de la pubertad, produjo en mí una serie de cambios totalmente dispares que hicieron que mi aislamiento se fuera agudizando y que mi inconformismo ante la sociedad de la época se cerrara en banda ante la fría lógica del adulto.

Estábamos en los años sesenta y con ellos el mundo se llenó de protestas frente al orden establecido por nuestros predecesores. Nos estábamos rebelando contra el sistema, o eso es lo que pensábamos en nuestra inocencia. No nos dábamos cuenta de que realmente estábamos siendo manejados por el mismo orden que queríamos abolir y erradicar. Nosotros sólo fuimos la excusa inventada por los grandes estamentos financieros para que el mundo futuro se convirtiera al consumismo.

No nos percatamos de que estábamos cayendo en una gran tela de araña muy hábilmente entretejida a nuestro alrededor trenzada con nuestros ideales y sueños. Ideales de amor, sinceridad, honestidad, fraternidad, caridad, igualdad, libertad y todo lo que se os pudiera ocurrir bajo aquella inmensa nube de marihuana llena de flores y de cánticos *hippies* que nos envolvía sin dejarnos ver la realidad pura, dura y llana, contra la que más tarde o más temprano toparíamos de lleno.

Por aquel entonces yo ya me había introducido en el mundo del arte gracias a mi abuelo paterno, quien había insistido a mi padre que me permitiese acudir a una academia de arte para iniciarme en su culto.

Ésta fue mi época más perfecta. Por fin había alguien que veía en mí algo más que mi estatura. Por fin alguien se dignaba a mirar en mi interior, en mis anhelos.

Mi abuelo pasaba largas temporadas en casa junto a su segunda esposa, juntos me amadrinaban y apadrinaban. Era un hombre bastante seco, que nos hacía levantar antes del alba para acudir a la primera misa, la más breve. Por lo general esto sucedía en invierno y tanto mi hermana como yo empezamos a temer sus dos visitas anuales. Finalmente pudimos respirar tranquilas cuando dejó de visitarnos con tanta frecuencia. La última vez que lo vi con vida fue a los 18 años, durante mi estancia en un internado a orillas del lago Lemán, en Suiza. Recuerdo que le vi mientras subía la cuesta que conducía a su casa, a medio camino. Venía andando hacia mí. Cuando llegué a su altura le saludé efusivamente pero él respondió con frialdad: *«Tu sembles une putain»* («Pareces una puta»), me dijo. Me dejó helada. Me había esmerado para escoger una indumentaria adecuada y había evitado maquillarme en exceso para tal ocasión. Desconozco qué comentario hubiera hecho si me hubiera visto en pleno apogeo de mi indumentaria de diario. En cualquier caso, siempre le agradeceré que insistiera para que me iniciara en el manejo de los pinceles y el carbón. Pocos años después murió mientras dormía.

Cada tarde, al salir de la Escuela Suiza me dirigía andando desde la calle Alfonso XII hasta la calle Balmes, lo que era Ram-

bla de Cataluña esquina Rosellón. Al llegar al portal, que hacía esquina, me adentraba en él y subía los escalones de cuatro en cuatro, hasta llegar al tercer piso donde se hallaba una pequeña academia dirigida por tres excepcionales mujeres licenciadas en Bellas Artes, que estaban preparando oposiciones para poder ejercer la enseñanza.

A dicha academia acudían alumnos de la facultad de Arquitectura para preparar su examen de dibujo artístico. Entre ellos, yo destacaba tanto por mi estatura como por mi edad, ya que sólo tenía doce años y ellos deberían de estar rozando los veinte. Era la única fémina entre aquel grupo de alumnos. Por suerte no siempre nos encontrábamos todos a la vez. Yo era la niña mimada de mis tres profesoras.

Cada una de ellas me enseñó algo importante del dibujo al carbón y juntas desarrollaron en mí la pasión por este arte. Las tres estaban sorprendidas de que, a pesar de mi temprana edad, tuviera tal habilidad con el carboncillo: era capaz de dar textura de carne al dibujar la copia de yeso que estaba encima de un pedestal y que cumplía las funciones de modelo.

Con ellas aprendí a amar la anatomía humana, a disfrutar con los escorzos y a acariciar los músculos con las yemas de los dedos. Por desgracia mi permanencia en la academia sólo duró un curso. No recuerdo por qué dejé de acudir. Supongo que saqué malas notas al final del año escolar y mi padre decidió que no debía tener distracciones que alteraran el curso de mis estudios.

Recuerdo que, por la misma época, mi padre me había castigado por no tener las calificaciones escolares que él pretendía.

Su castigo consistía en ir a la escuela a buscarme en plena clase, sacarme de ella delante de la extrañeza de mis compañeros, para

acto seguido, llevarme a su fábrica de Pueblo Nuevo, donde me dedicaba al agradable ejercicio de lavar grandes garrafas de cristal de tono verdoso, que anteriormente habían contenido algún que otro producto químico. Dicha excelsa labor comenzaba a las seis de la mañana y acababa no recuerdo a qué hora. Lavábamos las inmensas garrafas con agua fría bajo las miradas burlonas de una serie de empleados que, a sabiendas de que éramos las hijas del jefe, satisfacían su condición de inferioridad social haciéndonos sentir lo más bajo de la escala laboral de la fábrica.

Con ello mi padre pretendía que tanto mi hermana como yo pudiéramos apreciar nuestra perfecta vida de estudiantes al compararla con la dura jornada laboral de una limpiabotellas. No durábamos más de una semana en tal arduo trabajo y cuando retornábamos a las labores escolares, las tomábamos con gran alegría, de manera que por lo general nos esforzábamos un poco más en los estudios. Aunque ello no duraba eternamente, sobre todo en lo que se refería a mi persona. No tardaba en languidecer en mis ensoñaciones y volvía de nuevo a distraerme en mis estudios. A pesar de mi falta de concentración mis notas no eran tan deficientes, como he podido comprobar últimamente al encontrar mi libreta de calificaciones de dicha época.

Fue una pena que no continuase en aquella pequeña academia de arte con aquellas tres deliciosas profesoras. No recuerdo sus nombres pero sí sus físicos, como si las estuviera viendo ahora mismo.

Eran tres y muy distintas tanto física como psicológicamente, pero muy parecidas en su pasión por el arte y en la forma en la que se consagraban en mi preparación para tal menester. Lo hicieron con tal dedicación y esmero, que a los doce años ya

estaba preparada para poder cursar tercer curso de Bellas Artes. El problema era mi edad, ya que no se podía ingresar en la Real Academia hasta los catorce años y todo ello reforzado con la poca o ninguna aceptación de mi padre a que yo me adentrara en los tortuosos caminos del arte.

Eran tres, cada una con un tono distinto de cabello: rubia, morena y pelirroja. También eran diferentes en el conjunto de su anatomía.

La que parecía la jefa siempre se hallaba en la academia. Tenía una corta melena rubia y lacia. Calzaba unas enormes gafas de miope y en uno de sus pies llevaba un alza, resultado de haber padecido una poliomielitis a temprana edad. Su estatura era elevada y su físico desgarbado y flaco. La naturaleza no había sido benigna ni justa con ella, pero te olvidabas de su falta de belleza al recibir toda su capacidad de dar. Ella fue la que me enseñó a amar el color y el arte de mezclar las tonalidades oleosas sobre una tela de lino.

La morena, todo lo contrario, era bajita y de constitución pícnica. Su cabello era ondulado y corto. La verdad es que no era nada atractiva pero tenía una gran capacidad en la transmisión de la perfecta utilización del carboncillo. Fue la que verdaderamente introdujo en mí una gran confianza a la hora de realizar el primer trazo sobre el papel Guarro, para luego no ensuciarlo en vano.

Por último, la tercera era la más estética del trío. Su cabeza se hallaba envuelta en una nube ensortijada de cabellos rojizos que enmarcaban un rostro plagado de pecas. Creo recordar que sus ojos eran de color verdoso y su porte era atlético y armonioso. Normalmente pasaba por la academia como un vendaval.

Ella fue la que me introdujo en la escultura y me hizo sentir la pasión del volumen.

Fue una gozada poder estar bajo su tutela. Fui una privilegiada al poder ser alumna de aquellas tres incipientes profesoras de arte: el hecho de que fuesen principiantes en tal menester favoreció que volcarán en mí todo su conocimiento y con ello me dieron la vida.

A partir de entonces ya nunca deje de pensar en el arte hasta el día de hoy. Fue y es mi pasión, mi refugio y la finalidad de mi existencia. Finalidad que a lo largo de estos años siempre fue interrumpida por necesidades más imperantes de mi entorno, como la de producir dinero de una forma inmediata, pero esto es otra historia que por ahora no viene al caso.

Todo esto me hace recordar que varias mujeres han influido mucho en mi vida de un modo u otro. Como mi profesora de latín.

Yo tenía un problema para poder estudiar cualquier materia: primero debía entender y luego podía memorizar. Pero ¿cómo se puede entender algo carente de vida? Al ver los nefastos resultados en ciertas asignaturas de lengua, mi padre decidió que tomase clases particulares para reforzar esa materia. Para ello contrató los servicios de la profesora que la impartía en la escuela. Era la esposa del profesor de química, conocido como el Pipo, por lo que ella también llevaba estigmatizado el nombre de la Pipa. Nunca llegué a saber por qué al profesor de ciencias se le había puesto tal apodo.

La Pipa era una persona que bordeaba el enanismo y su cuerpo, presionado por la gravedad, culminaba en una enorme cabeza llena de sabiduría y conocimientos. Cuando las palabras surgían



de su boca provocaban un efecto paranormal, y la convertían de repente en una persona grande, muy grande, casi tan grande que hacía que la estancia en la que nos hallábamos se empequeñeciera. Poseía una belleza sobrenatural que irradiaba de su interior, haciendo que uno se olvidara de su aspecto físico real.

De la forma más simple, me introdujo en el pensamiento filosófico, haciéndome vibrar en él de tal manera que me enfraqué en la búsqueda del mismo. Nos pasábamos la hora de clase hablando sobre cualquier cosa, arte, moda, estética, gastronomía, geografía, todo ello intercalando las declinaciones en latín. Aún no sé cómo lo logró, pero en el examen final conseguí, no un aprobado, sino un sobresaliente. Con ella aprendí a ser persona. Su voz es la que a través de los años me ha impedido que me perdiera en la nada. Cuando desfallezco hay algo que me hace recordar su voz que me insiste: «Ten tus alforjas repletas de muchas ilusiones, ya que la vida se encargará de arrebatártelas y siempre debes tener alguna de repuesto para poder seguir adelante en el camino escogido sin desfallecer».

Nunca supe su nombre real, pero sí su apellido. Sender. Era la hermana de un literato de fama mundial, exiliado en México por la guerra civil del 36. Me habló de cómo era la vida de su hermano en la ciudad de Moctezuma. Impartía clases docentes en la facultad, junto a su esposa y dos hijas, vivía en un barrio lujoso pero parecía una prisión, ya que por lo visto era difícil salir de él por la violencia que allí existía.

Conocí el pensamiento de su hermano a través de ella y esto me empujó a tratar de acceder a su obra publicada. Mucho más tarde, con el paso del tiempo, conseguí leer alguna obra suya.

El fascismo franquista tenía prohibida su publicación en España, como la de muchos otros autores que eran considerados no adecuados para la evolución espiritual de los futuros ciudadanos de la España ibérica.

Hace unos pocos años la volví a ver en una recepción, nos abrazamos. Por un instante volví a ser aquella adolescente inquieta, curiosa, ávida de la sabiduría que aquel ser tan perfecto podía darme. No había cambiado en nada. A pesar de su ínfima estatura, seguía resplandeciendo de tal manera que era imposible dejar de verla en medio de aquella multitud que la doblaba en centímetros. Había enviudado y por lo visto se dedicaba al mecenazgo intelectual de un poeta. Recientemente llegó a mi conocimiento que la relación entre el poeta y ella había sido algo más. Jamás la he vuelto a ver.

Volviendo atrás en el tiempo, a mis años infantiles, recuerdo la poca presencia de mis padres en el hogar familiar, que más bien parecía un lugar de paso para ellos, hasta que finalmente decidieron apaciguar un poco su incansable trasiego laboral.

El concepto que yo tenía de mis padres en aquella época era el de unos seres asexuados, mudos y pétreos. Solamente mi padre hacía ostentación de su gran fuerza con nosotras dos al encerrarnos e inmovilizarnos en sus grandes brazos de oso. Mientras nos retenía con un solo brazo, el otro se dedicaba a torturarnos una oreja hasta que ésta se tornaba de color carmesí. Mi padre poseía una gran potencia física.

Era un hombre de gran altura y fuerte masa muscular. En sus años mozos, a espaldas de su progenitor, se había dedicado al deporte del boxeo y había quedado campeón juvenil de Bélgica a los 16 años. Supongo que mi abuelo debió de entrar en cole-

ra cuando lo supo, pero de ello no tengo información. Era tan fuerte que podía levantarnos a mi madre, a mi hermana y a mí al mismo tiempo.

Su cabello era rubio y sus ojos, de un azul celeste, quedaban ocultos bajo unos gruesos cristales tintados de miope. Poseía unas manos grandes y cuadradas que causaban pavor sólo de pensar el efecto que ocasionarían al estrellarse en nuestra cara si lo hacíamos enfadar. Suerte que esto no podía ocurrir muy a menudo por la sencilla razón de que casi siempre se hallaba ausente, de viaje por varios países de la Europa de entonces.

A su regreso acostumbraba a traernos diferentes obsequios hasta que un buen día comenzó la tradición de las monedas de oro, que con los años fue formando y engrosando una bonita colección numismática. De ella sólo conservo el recuerdo, ya que desapareció cuando mi marido la vendió para comprar no sé qué aparato médico, o eso fue lo que él me dijo.

Mis compañeras de clase encontraban a mi padre muy atractivo, lo que me producía asombro ya que yo, en aquella época, aún era muy infantil para ciertas cosas y me resultaba imposible entender que las personas podían sentirse sexualmente atraídas por otras. Con el paso de los años fui entendiéndolo.

De mi madre poca cosa puedo decir. Era un ser etéreo, de fría mirada, que muy pocas veces dejaba vislumbrar su interior más cálido. De origen italiano, pero nacida en la Costa Azul, era el puro reflejo del *glamour* del país de la moda. Era una mujer alta, atlética y esbelta. Siempre fue muy delgada, lo que acentuaba aún más su exquisita elegancia. Su cabello de color azabache, muy rizado y encrespado, le causaba auténtica preocupación, de tal forma que por lo general lo ocultaba bajo una serie de

pelucas de cabello natural, elaboradas especialmente para ella por un peluquero homosexual de la Gran Vía.

Estábamos en los sesenta y no era nada chic el cabello de textura negroide. La moda imperante eran las largas cabelleras totalmente lacias y todas las féminas de aquella época, fuera cual fuera su edad, se dedicaban a plancharse el cabello. De ella heredé mi horrible y encrespado pelo, que fue mi tortura hasta que decidí no preocuparme más por algo que no tenía remedio. Asimismo, mi madre lo heredó de su padre, un italiano del norte, encantador, que en la primera guerra mundial había sido elegido como caza número uno nocturno de la aviación italiana. Esto último lo convertía para mí en alguien digno de admiración, en un aventurero difícil de igualar en sus gestas de enorme valentía, pero precisamente el efecto causado en mi madre fue todo lo contrario.

Cuando estalló la segunda guerra mundial mi abuelo fue arrestado por los franceses, ya que, aunque vivía en Francia desde hacía muchos años, su participación en la gran guerra en el bando enemigo lo señalaba como candidato a una observación vigilada. Ello provocó que todo integrante de su familia fuera señalado como persona *non grata*. Mi madre se sintió marginada y despreciada por su entorno juvenil. Como respuesta, decidió emigrar al país origen de sus males, Alemania. Fue allí donde conoció a mi padre y allí contrajeron matrimonio, en pleno bombardeo de la ciudad de Colonia.

Os preguntaréis qué hacía mi padre en la tierra del Tercer Reich. Mientras navegaban por el Danubio en pleno viaje de fin de curso junto a un compañero de carrera, ambos fueron detenidos y acusados de espías. Mi padre fue deportado a Alemania como prisionero de guerra. Su reciente titulación en Química

le confinó en una fábrica de productos químicos, donde debía dirigir a todos los presos que trabajaban en ella. Los alemanes, como buenos estrategas que eran, empleaban a prisioneros de guerra cualificados para trabajar en sus fábricas y así evitar las posibles bajas de sus súbditos cuando los aliados se dedicaban a bombardear todas las instalaciones industriales en territorio alemán. Por lo visto no los trataban mal. Podían disfrutar de una cierta libertad controlada en sus descansos y así fue como mi progenitor conoció a mi madre. Fue mi tío quien se la presentó.

En aquella época, el hermano menor de mi padre era muy joven y no tenía demasiado éxito con las mujeres. Trabajaba en las oficinas de una empresa en donde también trabajaba mi madre. Como la vio un poco desamparada en un país que no era el suyo, tuvo la gentileza de invitarla a una fiesta, y ella accedió. Era una reunión social de jóvenes alemanes de rancia familia a la cual también acudió su hermano mayor. Pobre chaval, se debió de llevar un chasco cuando mi madre se fue con mi padre, aunque realmente todo esto que relato nace de la maltrecha memoria de una superviviente a un aneurisma cerebral, mi tía, la hermana mayor de ambos.

No sé lo que hay de cierto en esta historia. Cuando pregunto sobre esta época nadie sabe exponer las vivencias ocurridas de una forma clara y ordenada. Es posible que todos prefieran que lo que realmente aconteció se mantenga en las sombras, y sin embargo, cuando les inquiero sobre otras cosas o tiempos, tampoco son capaces de proporcionarme ninguna amplia información. Es como si la vida pasada de mis padres no tuviera interés para nadie más que para ellos, o como si fueran los celosos guardianes de un secreto inconfesable.

Realmente esto último define a la perfección mi relación con ambos. No había el trato normal entre padres e hijos. Tanto mi hermana como yo manteníamos una relación jerárquica de obediencia y respeto hacia las figuras paternas. Ellos siempre se hallaban fuera de nuestro alcance. Los dos se encontraban situados en la cúspide de la montaña y nosotras en su ladera más inferior. Jamás descendían a nuestro nivel pero pretendían que nosotras actuáramos como si estuviéramos casi al mismo que el suyo.

No pude entonces, y ahora tampoco puedo encontrar un atisbo de ternura y amor hacia mí. No afirmo —pero tampoco niego— que mis padres no nos quisieran. Supongo que, a su manera, nos tenían en buen aprecio por el hecho de ser sus hijas, pero había algo en ellos que les impedía hacer ninguna demostración palpable de ello. Tampoco sé realmente el grado de amor que sentían entre sí. Su relación era tan fría y aséptica como la que nos deparaban a nosotras. Nunca dieron muestras de llevarse bien o mal entre sí: jamás presencié ninguna pelea, pero tampoco una muestra de cariño.

Por lo visto, mi padre había sido testigo de muchas discusiones entre los suyos hasta que finalmente su madre, harta de los malos tratos y vejaciones por parte de mi abuelo, le abandonó y se marchó a vivir a Alemania, sólo con lo puesto.

Al finalizar la segunda guerra mundial, antes de que yo naciera, ella perdió la vida en un accidente de tráfico a la edad de 48 años. Murió ahogada cuando el coche que conducía fue a parar a las aguas tormentosas del Rin. Mi abuelo jamás le concedió el divorcio. Fue una pena que no pudiera conocerla en persona ya que, aunque resulte extraño, me siento muy unida a ella. Es como si estuviéramos conectadas mentalmente, sobre

todo estos últimos tiempos. De ella saco las fuerzas para poder sobrellevar los entuertos con que los hados se han empeñado en marcar mi camino.

La tempestuosa relación de sus padres marcó mucho al mío y a sus hermanos, ya que los tres adoraban a su madre. Seguramente esto fue lo que promovió que en casa jamás se oyera ninguna palabra fuera de tono. Aunque con el paso del tiempo, pude observar que mi madre también había colaborado con su actuación a que nadie se enterara si en algún momento tenían un altercado.

Supongo que mi padre no se daba cuenta, pero en numerosas ocasiones tenía un comportamiento que rozaba el mal gusto cuando se empeñaba en resaltar, de una forma repetitiva, que su esposa carecía de imaginación y que por este motivo él debía comprarle las cosas de vestir para evitar así que ella cometiera errores. No entiendo cómo mi madre no le cerró la boca en ninguna ocasión, ya que a pesar de no tener imaginación poseía un estilo inmejorable a la hora de escoger su vestuario y complementos. Frecuentaba las mejores tiendas de alta costura de la época y por su elegante porte es posible que los modistos la aconsejaran para que pudiera lucir sus modelos y así servir de reclamo de sus agujas de oro ante otras mujeres tanto nacionales como europeas.

Las únicas muestras de cariño y afecto que tanto mi hermana como yo recibimos en nuestra infancia partieron sobre todo de dos mujeres de humilde cuna pero de gran corazón.

Una era nuestra abuela materna, cuya cálida presencia teníamos el placer de disfrutar en contadas ocasiones. La otra era Julia, a cuyo cuidado estuvimos mi hermana y yo desde nuestro nacimiento.

Mi abuela materna había sido la única fémina viva en la *troupe* de once hijos varones que formaba la progenie de mis bisabuelos. Por pertenecer a una familia trabajadora de la región norteña de Milán, tuvo que sacrificar su infancia ocupándose del cuidado de todos sus hermanos, mientras sus padres se dedicaban a buscar el sustento familiar.

No era una mujer letrada pero poseía una innata inteligencia que hacía que su humanidad, llena de amor, siempre estuviera presente en todas sus manifestaciones.

En su juventud debió de ser una mujer bella, ya que poseía una elevada estatura y una estructura ósea equilibrada y armónica. Recuerdo haberla visto en una ocasión vistiendo un traje sastre de color azabache que se ajustaba a su figura como un guante. Sólo dejaba ver, en parte, unas piernas bien torneadas y enfundadas en medias de seda y que se afianzaban en un par de pies calzados en zapatos de tacón de aguja, de color negro. Su afable y patricio rostro se veía enmarcado por un cabello plateado que siempre llevaba en un recogido de bailarina. Por lo general no vestía de esta guisa. Parecía que quisiera esconder su belleza bajo una ropa ancha y vulgar de trabajo, o simplemente era el reflejo de su personalidad. En esto yo me parezco a ella, ya que a veces no me preocupo en absoluto de mi vestimenta. Lo que me importa es la comodidad de mi cuerpo y no la parte estética que puedan observar los que me vean.

Me viene a la mente que, por ser una mujer poco ilustrada, su francés dejaba mucho que desear, estaba lleno de matices italianos y jamás aprendió a pronunciar bien la letra erre. Las pocas cartas que recibí de ella, normalmente felicitaciones de Navidad, estaban escritas en italiano. Siempre comenzaban así:



«*Caresiemi Nipote...*». Aún me emociono cuando por casualidad, ordenando viejos papeles, vuelvo a encontrar una de ellas. Sin poder evitarlo, las lágrimas acuden a mis ojos, como si con ello pudiera alcanzar de nuevo su ternura.

Pero el recuerdo físico que tengo de ella es su aroma. Siempre olía a una fresca fragancia toscana cuya esencia reconocí, no hace mucho, en una colonia masculina de fabricación española. A él se sumaban los diversos aromas desprendidos de su buen hacer en los fogones, lo que provocaba que a su paso uno se viera transportado a aquel bello paraje italiano, donde los cipreses se mecen al ritmo suave del viento y donde las azaleas obtienen su máximo esplendor poniendo la nota de color fucsia en el paisaje.

Mi abuela se afanaba siempre en la elaboración de deliciosos platos gastronómicos de su Italia natal. Con ella aprendí a amar el arte culinario y especialmente a saborearlo. Se levantaba al alba para amasar la pasta con la que nos iba a deleitar al mediodía. Era un placer degustar sus platos, confeccionados con esmero y amor. Una vez finalizados los servía en una larga mesa, presidida por la opulenta barriga de mi abuelo, al que siempre servía el primero. Revoloteaba constantemente alrededor sirviendo platos humeantes de *raviolis*, *gnocchis* o *quiques*, que hacían las delicias de nuestro paladar. Guardaba con celo el secreto de su elaboración. Al fin se sentaba —nunca enfrente de su marido sino en un lateral de la mesa, amorosamente preparada— y nos decía con insistencia «*mangia, mangia*». Mi abuelo se hacía eco de sus palabras repitiendo «*mangiare, mangiare*». Tanto uno como otro disfrutaban al vernos comer y ellos no probaban bocado casi nunca.

En aquella casa de la rue D'Antibes se respiraba un ambiente cálido que nos abrazaba en cuanto traspasábamos el umbral.

Guardo un grato recuerdo de la misma y de sus habitantes y lamento enormemente no haber podido disfrutar más de su compañía. Añoro la textura de las *baguettes* que cada mañana mi abuela nos preparaba con mantequilla y abundante mermelada de naranja amarga que ella misma elaboraba. Su sabor era exquisito. Poseía una consistencia densa acaramelada que llenaba nuestra boca de un sabor irrepetible, único. Recordándolo ahora se me está haciendo la boca agua y me entristece el hecho de que ya no volveré a probar algo tan dulce y amargo a la vez y todo ello en su punto justo.

El ambiente que se respiraba en aquel hogar era muy distinto al de nuestra casa paterna. El hermano de mi madre también vivía con mis abuelos. Era todo lo contrario de ella: cariñoso, dulce como la miel, alegre como un niño y su mirada chispeaba llena de picardía. Era un hombre alto, agraciado, de cálida voz y lleno de vida que nos llevaba por la *Croisette* para poder ver a las estrellas de cine, y a un sinfín de *starlettes*, que se pavoneaban por ella delante del hotel Carlton en busca de algún productor o director cinematográfico que las catapultase a la fama. No guardo el recuerdo de cuándo contrajo matrimonio. Lo hizo con una maravillosa mujer, tierna y afable, pero que debido a un percance de salud había perdido audición y se pasaba todo el tiempo gritando, creyendo erróneamente que nosotros estábamos tan sordos como ella. Al fin se cumplió su mayor deseo cuando nació su primer y único vástago, una niña a la que llegué a tener una sana envidia por el amor y dedicación que recibía de sus padres. Mi tío fue quien me hizo conocer y admirar el arte de Picasso; con ello implantó la semilla creativa, que más tarde germinaría en mí. De profesión lampista, como su padre, reparaba las tuberías averia-

das de la mansión del genial pintor andaluz y estaba acostumbrado a «moverse como Pedro por su casa» entre aquellas obras que carecían de firma hasta que alguien las compraba.

Cuánto añoro su aterciopelada y cálida mirada posada en mí, interrogadora y al mismo tiempo protectora, que hacía que me sintiese el centro de su pensamiento y al mismo tiempo comprendida por primera y única vez. No hacía falta que yo pensara: él siempre parecía conocer lo que me inquietaba y lo que me apetecía hacer.

Con los años achaqué esto a su signo zodiacal: como buenos géminis teníamos un carácter tan similar que parecía que formásemos parte de la misma materia.

Julia, aragonesa de nacimiento y oriunda del pueblo de Mazaleón, fue la otra mujer que nos colmó de atenciones durante nuestra infancia; primero a mi hermana y a mí, más tarde a nuestros hijos.

Apareció en el domicilio paterno sobre 1946 para hacerse cargo del cuidado de la casa y de mi hermana recién nacida. Era viuda de guerra y madre de un varón que creció junto a su abuela, ya que Julia debía trabajar para poder alimentarlos a ambos. Poco sé de ella.

Durante su infancia había pasado los duros inviernos aragoneses recogiendo aceitunas y el resto del tiempo ayudando a su madre con el cuidado de sus hermanos y las obligaciones de la huerta, mientras aquella amamantaba a los hijos de mujeres carentes de leche suficiente a cambio de unas pocas monedas que ayudarían a sustentar la dura economía familiar. Su asistencia a la escuela del lugar creo que había sido muy breve, ya que prácticamente sólo sabía escribir su nombre y tenía grandes dificultades

para la lectura. Justo después de contraer matrimonio con un joven de su mismo pueblo y cuando la vida parecía que por fin le sonreía, estalló la guerra civil del 36 para colmo de sus desgracias. Embarazada, se enteró de que su esposo había sido apresado por el bando de los nacionales y se hallaba en las mazmorras de Zaragoza. El hijo que esperaba no pudo conocer a su padre, ya que al poco tiempo éste fue fusilado como tantos otros. Demasiado sufrimiento para una joven madre que debía proteger a su bebé. Decidió emprender el largo éxodo hacia la frontera huyendo de las barbaridades y atropellos cometidos por los vencedores al entrar en las villas del bando contrario. Me contó que cuando las milicias llegaban a los pueblos supuestamente enemigos, tomaban a la fuerza a las mujeres sin discriminación de edad. Les rasuraban la cabeza y las obligaban a beber aceite por medio de un embudo que introducían en su boca y por el cual dejaban correr el espeso líquido sin parar hasta casi ahogarlas. Luego, totalmente desnudas, las echaban del pueblo.

Anduvo el largo camino con su hijo recién nacido, llorando la muerte de su marido y lamentando el poco tiempo que había tenido para estar juntos. Tan grande era su devoción por su difunto esposo, que jamás volvió a probar el néctar del amor. En el exilio del país vecino se quedó junto a su hermano hasta que finalmente pudo regresar a una España destrozada y hambrienta.

Por su falta de estudios, su único acceso al campo laboral era la posibilidad de entrar a formar parte del servicio de una familia seria. Tuvimos la suerte de que viniera a parar a nuestra casa y así poder disfrutar del cariño que ella nos podía dar, ya que para Julia nos convertimos en las hijas que hubiera deseado tener con su esposo, si aún hubiera estado vivo.

Llevaba más de dos años al servicio de mis padres cuando yo llegué a este mundo, un 2 de junio, cuando las campanas repicaban al son del Ángelus. Ella fue la primera que me tomó en sus brazos para poder limpiarme los restos de líquido amniótico adheridos a mi piel.

Al contrario de mi hermana, que había nacido en una clínica privada de Reus, nací en casa. Mi padre decidió que yo naciera en el seno del hogar para no volver a pasar el mal trago ocurrido anteriormente con el parto de mi hermana. Estábamos en la España profunda, maltrecha tras una cruenta guerra entre hermanos y vecinos, en la que la Iglesia controlaba de manera despótica a todos sus conciudadanos. Cuando mi madre estaba a punto de dar a luz a mi hermana, el párroco del pueblo se atrevió a decirle a mi padre que si había algún problema, la vida del *nasciturus* debería prevalecer ante la vida de la madre. Mi padre quedó horrorizado por dicho mandato y se atrevió a decirle al representante de la Iglesia que para él lo primero era la vida de su esposa y no la del que tenía que venir, que aún no existía.

Julia gozaba plenamente de la confianza de mis padres, ya que nos dejaban a su cargo mientras ellos viajaban por toda Europa para supervisar las diversas fábricas que se hallaban bajo su control. Ella se ocupaba de que no faltase nada en casa y de llevarnos al médico cuando era necesario. Cuando enfermábamos se quedaba al pie de nuestro lecho para cuidarnos y vigilar nuestro sueño. Durante los largos periodos de ausencia de mis padres, ella era la responsable de que no nos ocurriera nada y de la administración de la casa.

De ella recibimos todo el cariño que pudimos recibir durante el tiempo en que transcurrió nuestra infancia y se hizo extensivo hasta nuestra adolescencia.

A ella podíamos recurrir para buscar el apoyo necesario que colmase nuestros deseos y apaciguase nuestros temores infantiles. Y más tarde, en el despertar de nuestra adolescencia, encontramos en ella a una poderosa aliada: por ejemplo, nuestro padre colocaba ollas junto a la puerta de entrada de nuestra casa de verano para poder controlar nuestra llegada nocturna; Julia se apostaba en la ventana y al vernos llegar las retiraba y las colocaba de nuevo cuando ya estábamos dentro, con el fin de protegernos de la ira paterna... La pobre pensaba que así podría engañar a mi padre.

Éste, como persona liberal que era y en contra de la costumbre local de la época, desde temprana edad nos dejaba salir en las noches estivales, pero con la condición *sine qua non* de que nuestra vuelta debía ser antes de las doce de la noche. Ello provocaba que fuéramos la envidia de todas las jóvenes que frecuentábamos en aquella época y que no tenían un padre tan permisivo con los horarios de llegada en las salidas festivas... Aunque también produjo algo no agradable y de lo que no pude percatarme hasta más tarde. La frontera que separa la envidia de la crítica es tan frágil, que lo que obtuvimos gracias a la libertad concedida por nuestro padre fue el rechazo de la sociedad de aquel entonces.

La moral de aquellos años no era la misma que podemos apreciar normalmente hoy en día. Eran los comienzos de los años sesenta. Nos hallábamos rodeadas por un entorno social medio-alto, con deseos de modernidad. Los pudientes llevaban a sus hijos a una escuela extranjera para que recibiesen una educación que les facilitase la integración europea en un futuro cercano. Las ansias de poder sentirse intelectualmente al otro lado de la frontera no impidieron que sus profundas raíces, en cuestión de

la libertad sexual, salieran a flote con la educación de sus hijos. En consecuencia, mi hermana y yo no éramos un buen ejemplo, ni unas personas gratas, ya que sus pobres vírgenes podían verse salpicadas o mancilladas por nuestra cercanía. ¡Menuda estupidez!... No se dieron cuenta de que al estigmatizarnos de esta forma sólo consiguieron que sus puras vestales aprendieran las artes de la hipocresía, siendo ellos las propias víctimas en su relación familiar.

La invasión de la hipocresía, como definición de un comportamiento humano, hizo mella en mí repentinamente, trazando una profunda herida en mi corazón que dejó al descubierto la fragilidad de mis sentimientos. Aún no me he podido desprender de esta terrible sensación de marginación de aquellos años.

El hecho de pertenecer a otra etnia y disfrutar de distinta educación hacía que a veces fuera deseada y otras despreciada. Para los jóvenes de los años sesenta yo podía ser muy atractiva, ya que era la imagen palpable de lo que ellos estaban intentando ser, frente a la oposición de los poderes públicos de la época. Era la eterna lucha del «deber ser» frente al «ser». Yo formaba parte de aquel mundo censurado al cual ellos podían acceder sólo prestando batalla. Envidiaban la facilidad con la que yo podía obtener toda aquella literatura que anhelaban leer y trataban de retener para sí los libros que yo les dejaba. El título que en más ocasiones tuve que comprar fue *El extranjero*, de Albert Camus, ya que jamás me era devuelto por quien lo había leído.

Otros envidiaban cosas más banales, como podían ser los discos de música moderna que mi tío de Cannes me compraba cuando le visitábamos o los vaqueros Lee, mocasines de color burdeos y camisetas con mensajes estampados de la *nouvelle vogue*

que mi madre me traía de sus viajes y que yo lucía con el orgullo de la reivindicación juvenil.

En aquel entonces yo no podía entender que todo aquello fuera la base de la nefasta relación con los pares de mi tiempo, hasta tal punto que hoy en día prevalece mi desconfianza ante cualquier inicio de relación humana.

Volviendo a la influencia ejercida por Julia en nosotras, su trato fue nuestro único vínculo con la triste realidad del tiempo que nos tocó vivir en aquella España franquista, con la que ningún país extranjero quería relacionarse a excepción de aquellos que sólo pretendían sacar provecho para sí mismos.

Cuánto añoro la sensación de absoluta protección que emanaba de aquella pequeña gran mujer. Ella ocupó una importante parcela olvidada por mi madre: el simple cariño...

A su manera, un poco hosca por su origen del campo aragonés, intentó darnos toda la orientación posible para poder defendernos de los malos tragos que nos podíamos encontrar en el trato con los demás. Desconfiada hasta la médula, supo cómo hacer que su semilla germinara en mí, y esto ha sido lo que realmente me ha impedido a lo largo de estos años pasados de caer en las redes insidiosas de la mayoría de las personas con las que me he relacionado.

Llego a la conclusión de que hoy forman parte de mí todas estas mujeres que a lo largo de los años han sabido cómo modelar e influenciar la base de mi carácter final y la forma de desenvolverse por este árido terreno que es la vida. De cada una de ellas llevo un recuerdo que se hace palpable a diario, que no permite que las relegue al olvido y que a su vez impide que yo muera.